

REVISTA CINEMATOGRAFICA Y TEATRAL

Editada por la EMPRESA ZIG-ZAG en Santiago de Chile. — APARECE QUINCENALMENTE

Precio: \$ 1.—
EN TODO EL PAIS

Director en Santiago: ROBERTO ALDUNATE
Director en Hollywood: C. F. BORCOSQUE

SUBSCRIPCIÓN ANUAL
\$ 23.— en el país
\$ 40.— en el extranjero

Toda correspondencia debe dirigirse a: EMPRESA ZIG-ZAG — Casilla 84-D. Santiago de Chile. — Bellavista, N.° 669

ASO I SANTIAGO DE CHILE, 10 DE JULIO DE 1930 NUM. 7

Los últimos estrenos

«EL IDOLO DE BROADWAY»

UN NUEVO chansonnier de Yanquilandia se ha presentado en nuestra pantalla, protagonizando «El Idolo de Broadway», película de Artistas Unidos, estrenada en la Sala Imperio.

Esta obra en que pasan revista, desfilando en sus escenas, el sainete, la comedia, el vaudeville y el drama, ofrece valores de dirección, de actuación y de presentación magníficos. El argumento lo constituye la vida de un pobre diablo, que llega a alcanzar la más alta reputación como artista de music hall. De allí se despena por la pendiente a que lo empuja la soberbia, hasta que, ciego y en peores condiciones que las del comienzo, vuelve a la pobreza, con la desesperación del recuerdo de mejores días.

El personaje central de la obra, lo caracterizan Harry Richman, un rey del couplet, poseedor de facultades magníficas para el género, pose, soltura, vivacidad, gracia, excelente voz y vis cómica. Lo secundan maestramente, Joan Bennet, Lillian Tashman y James Gleason.

Si la pieza vale por la participación de los artistas que la interpretan, también el éxito le debe parte muy principal a la presentación escénica, que ofrece momentos de una visualidad magnífica, culminando con una fábula en colores, que alcanza estremos de una belleza encantadora.

La obra es toda hablada en inglés, lo cual da ocasión para que muchos, dándoseles de conocedores del idioma, hagan traducciones en voz alta, la mar de festivas, con lo cual proporcionan un mayor regocijo a los vecinos. Los rótulos en castellano no son muy abundantes, de manera que el espectador sin conocimientos de inglés, va un poco a tientas.

La sincronización gramofónica está bien hecha y contribuye también no poco al buen efecto.

Película aprobada sólo para mayores de 15 años.

«CADETES»

LOS NORTEAMERICANOS han realizado una serie de películas deportivas, en las cuales participan los establecimientos militares de educación. El Gobierno facilita estas producciones, autorizando el concurso del alumnado para su desarrollo. Una de estas cintas es «Cadetes», de la Fox Film, estrenada en el teatro Carrera.

Con argumento liviano, en que se detallan momentos de la vida estudiantil de los alumnos de la Escuela Naval de Annapolis y grandes campeonatos de football, en que rivalizan cadetes del ejército y de la Armada, se desarrolla la película, ofreciendo una serie de incidentes, con los cuales el público se entretiene más de una hora.

Para dar mayor amenidad a la trama, hay un episodio romanesco, en el cual participan George O'Briand, Helen Chandler y

William Janney, que son los protagonistas.

La presentación escénica, realizada con el concurso de los alumnos de la Escuela Naval, ofrece cuadros interesantes, de desfiles y maniobras que llaman la atención del espectador, además de la atracción que tienen los campeonatos de football.

El acompañamiento musical mecánico, en parte sincrónico, contribuye con acierto a dar realce a algunas de las escenas.

Película para mayores y menores.

«BROADWAY»

DADO EL ESPIRITU de imitación que domina en los estudios hollywoodenses, era de esperar que después del triunfo de «Me lodia de Broadway», aparecieran varias películas con nombre parecido. Así, el teatro



Una escena de «EL IDOLO DE BROADWAY».

Carrera ha dado a conocer «Broadway», de la Universal Pictures.

De la serie con títulos semejantes, «Broadway» es la que menos vale. Película originalmente hablada en inglés, el diálogo ha sido substituido por rótulos en castellano, en cuyas frases domina el caló andaluz.

El argumento de la obra, es del mismo corte de muchas otras parecidas, en que interviene gente maleante. Para darle alguna novedad, parece, se han intercalado en el desarrollo, escenas de cabaret, de color rojo subido, de manera que resultan poco a propósito para ser vistas por nuestras familias.

La mise en scène presenta algunos decorados interiores llamativos, pero sin variedad; todos los números de vaudeville se repiten en el mismo escenario.

Lo que vale en «Broadway», son las partes cantadas por Glenn Tryon, que se ha revelado un cupletista de primer orden. Otro tanto podemos decir de los bailarines, que aún cuando no aportan novedad, son resultados vistosamente.

Los demás artistas que participan en la obra: Evelyn Brent, Merna Kennedy y Robert Ellis, desempeñan sus papeles con la

corrección de costumbre, pero sin que los personajes den a los actores motivo para desarrollar sus facultades. El personal femenino—primeras figuras y resto del conjunto—va bastante ligero de ropa, recurso salvador de algunos directores para aliviar el espectáculo. Sin embargo, el día del estreno de esta pieza, parte del público manifestó su desagrado con algunos silbidos, muy significativos entre nosotros, si se considera lo paciente que son los espectadores.

Película apta sólo para mayores de 15 años; no recomendable para señoritas.

«EL DESERTOR»

UN FOLLETIN interesante, es la película «El desertor», del Programa de la Chilean Cinema Corporation, estrenada en el teatro Victoria.

Enierra esta cinta un drama hondo, con trama artificial, es cierto, pero cuya acción llega al espectador, interesándolo en los detalles de los acontecimientos. Tiene, también la fábula su parte educativa; pone de relieve los sacrificios que dicta la amistad, cuando ella, como una bendición del cielo, enlaza a los hombres.

Esta obra se distingue particularmente por la actuación de los protagonistas, encabezados por William Boyd, que hace un trabajo espléndido, dando a su papel gran intensidad dramática. Lo secundan Robert Armstrong y Allan Hale, en condiciones magníficas. El resto del personal masculino, tiene actuación discreta, que da homogeneidad al conjunto. Pone una nota luminosa en la pieza, la figura de Diana Ellis, dama joven de rara belleza, que interpreta con acierto el papel de no mucha significación que le corresponde.

La película presenta algunos parajes exóticos, que dan idea de lo que deben ser los campos verdes de la Manzanera.

La música mecánica no contribuye en nada al éxito de la pieza, pues no tiene importancia. dos breves canciones que se oyen en los momentos culminantes de las escenas amorosas.

Película aprobada sólo para mayores de 15 años.

«KARL Y ANNA»

BASADOS en la obra de Leonhard Franck, los estudios alemanes, han realizado para la pantalla, un drama de notables condiciones, en la película «Karl y Anna», del Programa Terra, estrenada en el teatro Principal.

Hay en esta pieza detalles de acentuada dramática; pasan delante del espectador momentos de tragedia, de horrible angustia de dos de los protagonistas, prisioneros de guerra, en regiones desoladas de Rusia. Para uno de ellos se agravan los días de cautiverio, con el recuerdo de su noble mujer abandonada, modelo de esposa, adornada con todas las bondades imaginables. La desesperanza de una libera-

KARL Y ANNA

OBRA EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL DE TRADUCCION DE

LEONHARD FRANK JOSE VIZCAYA CLARO

ESTRENADA EN SANTIAGO, EN EL TEATRO DE LA COMEDIA, POR LA COMPANIA DE ALEJANDRO FLORES, EL 16 DE MAYO DE 1930
Inscrita en el Conservador de la Propiedad Intelectual, con el N.º 1.689.

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS. PROHIBIDA LA REPRODUCCION Y LA REPRESENTACION SIN AUTORIZACION ESCRITA DEL TRADUCTOR.

AUTORIZO LA REPRODUCCION EN «E C R A N».
Santiago, Mayo 28 de 1930.
J. VIZCAYA C.

REPARTO

ANNA, mujer de Ricardo.	VENTURITA LOPEZ PIRIS.
MARIA, amiga de Anna.	MARIA LLOPART.
LA HERMANA DE MARIA.	ELVIRA FLORES.
KARL.	ALEJANDRO FLORES.
RICARDO.	RAFAEL FRONTAURA.
EL MARIDO.	CARLOS LEON.
EL PRISIONERO ALEMAN.	GUILLERMO CARVALLO.
OTRO PRISIONERO ALEMAN.	PABLO VICUNA.
EL SUBOFICIAL RUSO.	FERNANDO SETTIER.
EL CENTINELA RUSO.	PLACIDO MARTIN.
UN SOLDADO RUSO.	RICARDO MOLLER.

EL PRIMER ACTO EN UN CAMPAMENTO DE PRISIONEROS ALEMANES EN RUSIA. EN LA FRONTERA DE EUROPA Y ASIA. LOS ACTOS SIGUIENTES EN BERLIN, EN CASA DE ANNA.

(CONTINUACION)

ACTO TERCERO

(Cinco meses más tarde, en noviembre de 1918, en la misma pieza de Anna. La escena está vacía, la lámpara encendida sobre la mesa. Hay fuego en la estufa; a su lado, un cajón con carbón, leña y un hacha.

(Se sienta al paño vociferaciones furiosas de un hombre que grita con toda la fuerza de sus pulmones: «Después, un silencio. Una nueva explosión de furor. Después, sin intervalo, una voz de mujer, punzante, llena de terror mortal. Se nota que a esa mujer le están pegando. Gemidos y después silencio. Karl entra con abrigo de invierno; inquieto, lanza una mirada de ladrón a su alrededor, con el oído alerta, saca una carta de su bolsillo, se sienta en el canapé y lee. No se ha desprendido todavía ni del abrigo ni del sombrero. Lee febrilmente la carta de cuatro páginas. Golpean.)

KARL.—¡Entre!
MARIA (entra con una taza llena de leche).—Buenas noches, señor Ricardo. Encontré la manera de conseguir un cuarto de litro de leche para Anna. Pero se subió y se perdió casi toda.

KARL (que no piensa nada más que en la carta).—Sí... Sí... Necesita tomar leche.

MARIA.—Debe beber un litro diario. Pero, ¿dónde encontrar tanta leche? Ni siquiera a precio de oro...

KARL.—No irá a concluir nunca esta miseria?

MARIA.—¡Qué! ¿Ya comienza usted también a desesperar? ¡Todavía tenemos para muchos meses más! ¡Ya que Anna está perfectamente bien... Esta mañana la vió la matrona y le dijo que la cosa no podía ir mejor... Usted no puede quejarse de falta de suerte... Sobre todo que pronto habrá otra vez leche y de todo, ya que la guerra ha terminado.

KARL (ausente).—Necesita leche. (Otra vez como al principio del acto estallan afuera las vociferaciones del hombre que pega a la mujer).

MARIA.—Ya le está pidiendo otra vez... Es la rubia del segundo patio. Su marido volvió ayer y ella tenía relaciones con otro. (Se cierra una puerta a la distancia. Los gemidos y gritos se apagan.) El cejrajero del primer patio, los mató a los dos; a su mujer y al otro. Saló en el diario. Con su revólver de ordenanza. Y lo absolvieron... La guerra continúa en las familias. Puede ser que haya concluido en el frente, pero hay tantos hogares en los cuales sigue. Los hombres

HERMANA DE MARIA (entra trayendo una taza).—¿Me podría usted prestar una cucharada de harina, señor Ricardo?

KARL (ausente).—¿Harina?

HERMANA.—Es para la niña. No me queda nada en casa.

MARIA.—Yo te voy a dar... (A Karl): ¡Me permite? (Va al estante).

HERMANA.—Ayer, en la lechería de los bebés, casi pude obtener un nuevo para la niña. Pero ya estaba vendido. Lo tenía reservado.

MARIA (echando harina a la taza).—Ya luego habrá otra vez huevos en abundancia y también habrá de todo, ya que la guerra ha concluido.

HERMANA.—¿Huevos? Yo no creo en nada... Hoy en la tarde fui al centro, donde están los grandes almacenes. ¿Qué se te ocurre que vi en una vitrina?

MARIA.—¿Qué?

HERMANA.—¡Una naranja! ¡Una naranja!

MARIA (estupefacta).—¿Una naranja? ¿Tú la viste?

HERMANA.—Sí, nada más que una. Entré... ¡Me miraban con una cara! Es claro, ¡yo no tengo la fama de una compradora de naranjas! Entonces pregunté, sólo por preguntar: —¿Cuánto vale? —No se vende esa naranja. No es para la venta—me contestaron.

HERMANA.—¡No! ¡No! ¡Era verdadera! ¡Tenía olor y todo! (Va hacia la puerta, acompañada de María). A mi modo de ver, no creo que sea mañana el día en que vayamos a poder comer una naranja como así! ¡Ya ni siquiera acierto a imaginar el gusto que eso tiene!

MARIA.—Sí... es difícil.

HERMANA.—En fin, no hay que ambicionar tanto... Gracias, señor Ricardo... (Sale).

MARIA.—¿Cinco meses ya! ¿Cómo puede mi hermana soportar eso? No ha dejado de trabajar ni un momento. ¡Pensar que mi cuidado fue muerto el mismo día que volvió al frente! Se ofreció voluntariamente para una comisión peligrosa, o lo que es lo mismo, se hizo matar.

KARL.—¿María... ¿qué piensa usted que va a pasar cuando él vuelva? MARIA.—¿Cómo? ¡Si está muerto! ¡Hay la certidumbre! ¡El avio oficial!

KARL.—¿Cuando vuelva Ricardo.

MARIA (sin comprender).—¿Ricardo?

KARL.—¡Ha escrito. A Anna.

MARIA.—¿Está vivo?

KARL.—Ella no lo sabe todavía.

MARIA.—¿Ricardo está vivo? ¿Va a venir?

KARL.—Anna no lo sabe todavía.

MARIA.—¡Pero hable! ¡Cuénteme! ¡Luego!

KARL.—Que venga o no venga, no es lo que importa.

MARIA.—¿Cómo la quiere! ¡Joh! ¡Usted no puede saber cómo!

KARL.—¡Yo sé! Pero ahora lea uno que no existe, que no tiene ningún sitio sobre la tierra en cuanto a marido de Anna. Que no existe en absoluto para mí... Para Anna, puede ser... pero Anna, ¿qué va a hacer ella?

MARIA.—Lo que hay de seguro, es que él vive. ¡Ricardo está vivo! Yo sabía muy bien, desde el primer momento, que usted no era Ricardo. No he podido dejar de pensar en un cuento que leí cuando niña: «El conde cayó en el campo de batalla. Su mejor amigo lo despojó de sus ropas y de todos sus papeles, partió para la casa y se hizo pasar, a partir de ese momento, por el marido de la joven condesa. Únicamente el perro favorito del verdadero conde, no se dejó engañar...»

KARL.—Estuvimos prisioneros juntos.

MARIA.—¿Vuelve? ¡Ha escrito que vuelve? ¿Está vivo?

KARL.—Sí todavía está vivo, nadie lo sabe. Ya hace más de seis meses que escribió la carta. Desde entonces hasta ayer, la carta ha viajado. Pero aunque él no fuera a volver nunca, aunque estuviera muerto, y debo entregar la carta a Anna. Me ha pescado la inquietud y es eso lo que me está matando, la inquietud de lo que ella va a hacer... si ella me amará aún después de esto, si me seguirá queriendo tanto como antes. Lo que me corroe, es pensar si esto no ha sido nada más que una simple infidelidad de su parte.

MARIA.—¡Pero Anna ha creído en esto! ¡Anna ha creído de buena fe! Ella lo llamaba «Ricardo» a usted... Anna se ha hecho... yo lo he visto cómo se ha hecho creer que esto no era nada más que una soñ y misima cosa: el pasado con Ricardo y el presente con... digamos, usted... ¿o eso es precisamente porque Anna lo quiere a usted. Pasa la vida en el aire desde que usted está aquí. ¡Pasa la vida en el aire!

KARL.—Sí, pero ¿y ahora? ¿Comprende usted María que yo deba entregarle la carta, aunque Ricardo haya muerto y aunque no deba llegar nunca? Yo no soy un embaucador. Necesito saber si Anna me quiere por mí mismo. El resto no tiene ninguna importancia; he sido su marido. Yo quien ella ha querido. ¿Me entiende? ¿Puede usted comprenderme?

MARIA.—Puede ser que yo sea muy poca cosa para saber si alguien puede tener toda esa gran reticencia y puede también de un solo golpe quedarse sin nada... No puedo explicar... no puedo saber... ¡Anna eran tan feliz antes con Ricardo! ¡Tan feliz!

KARL.—No es en la Anna mía, la que ha tenido un pasado con otro. La mía no ha estado jamás nada más que conmigo, desde la eternidad, ¡nada más que conmigo!

MARIA.—No lo puedo seguir en sus ideas...

KARL.—Anna me ha esperado durante muchos años. Anna y yo... hemos nacido juntos nosotros dos a la vida. No puedo decir otra cosa... Voy a entregarle la carta, siempre me quedará el recurso de matarme... Eso no es nada, es muy fácil. Pero esta inquietud... pensar que todo esto no haya sido nada más que una infidelidad villana, como las que se producen todos los días, que todo esto no haya sucedido nada más que porque las cosas se presentaron de esta manera. Si es así, soy un hombre concluido, un hombre deshecho, desde este mismo momento.

MARIA.—Puede ser que él no vuelva...

KARL.—Ya le he dicho que me da lo mismo... Usted continúa sin comprenderla.

MARIA.—Pero sí ¡lo comprendo!

(Ruidos ante la puerta. Algo pesado es depositado en el suelo. Abren. Karl y María miran a la puerta, reteniendo la respiración.)

ANNA (entra llevando un balde lleno de carbón en una mano y un saco lleno de provisiones en la otra. Se ve bella y desarmada, con ese reflejo de felicidad de las mujeres encinta que están tranquilas y confiadas).—¿Ya estás aquí, Ricardo?

KARL (emocionado al verla cargada).—¡Anna! ¿Qué es...? ¿Qué es lo que estás haciendo? (Corre a ella y la desmenuza de su carga).

(¡Vamos, Anna, no lo vuelvas a hacer! ¡No lo vuelvas a hacer!)

ANNA (riendo).—¡Pero sí no me hace ningún daño, Ricardo! ¡No puede hacerme daño todavía!

KARL.—Sí... eso puede hacerte mal.

ANNA (a María, que hace ademán de retirarse).—Si no estás de turno esta noche, voy a subir un rato a tu pieza, antes de comer. ¿Quieres?

MARIA.—Porque te hace mal, puedo venir yo... En fin... hasta la vista... (Sale).

ANNA.—¿Qué le pasa a María hoy? ¿Fui donde el zapatero... ¡tus zapatos están quedando como nuevos!

KARL (como hablando a sí mismo).—Tu voz... Es lo mismo que si te hubiera oído decir: «Te quiero más que a mí vida».

ANNA.—¡Clerto! Diga lo que diga, es eso lo que digo siempre. Lo digo diez veces en el día, un cuando tú no estás aquí, me sucede que se me viene en la mano la mano la mano la mano lo es lo que me sostiene: ¡el sentimiento de que eres mío, Ricardo!

KARL.—¡Anna!

ANNA.—[La vida se me ha escurrido tanto tiempo entre los dedos!

KARL.—Hay una carta para ti.

ANNA.—¿Para mí? ¿Una carta? No las recibí desde hace muchos años... ¿De quién es? (Va a la estufa).

KARL.—De Ricardo.

ANNA (queda sin movimiento, sin que esa idea penetre en su conciencia).—Sí... ¡también se llamará Ricardo nuestro hijo!

KARL.—Leí esta carta, Ana, yo la leí.

ANNA (sacude la cabeza como para sacudir una idea y grita en alto y con voz implorante, casi inconsciente).—No debías haberla leído, ¡Debías haberla quemado! (Con temor) ¿Qué? ¿Qué es lo que dices?

¿Qué has dicho?

KARL.—[Una carta! Ahora, es necesario que tú la leas también.

ANNA (como esperando un golpe mortal).—¿Quién es el que escribe? (Pausa). ¿Quién la escribe?

KARL.—Ricardo.

ANNA (de pronto y como con su espíritu desequilibrado).—¿Entonces, tú, Dios del cielo? ¿Tú?

KARL.—Debo decirte todo.

ANNA (trasmorada).—Eso viene de lejos... Viene a juntarse ahora y no se puede escapar... (La expresión y la actitud de Anna se modifican mientras se apresta a afrontar su destino). ¡Dímelo todo!

¿Dímelo todo ahora!

KARL.—Ricardo fue quien me contó todo lo que a ti te concierne, Anna.

ANNA.—Y después... ¡todo!

KARL.—No te te mentido, Anna, no soy un embajador.

ANNA (trasmorada).—Ya lo he pensado nunca eso. Ahora necesito comprenderlo todo, con mi espíritu, con mi cabeza...

KARL.—Fuímos hechos prisioneros juntos en septiembre de 1914.

ANNA.—Y yo no he tenido más que el aviso del Estado Mayor, en que me comunicaban su muerte.

KARL.—En el invierno nos llevaban al campo, y a la estepa en el verano. Allí teníamos que hacer una trinchera. Durante tres veranos no habíamos nada más que en esa trinchera... Con nosotros dos, no había ningún otro ser humano, nada más que el y yo... y tú, Anna,

tú también... (Anna se sienta en el canapé, enteramente resignada a sacrificar su felicidad, si así debe resultar de las palabras de Karl).

El hablaba de ti. Durante tres años, siempre nada más que de ti... Ricardo se consumía del deseo de ti, Anna... Te ha deseado hasta no poder más, allá lejos, en medio de nuestra gran soledad... Y era a mí, a mí a quien él te contaba todo lo que pensaba en ti, Anna, ¡a mí! Pero no es esa la causa... Si tú hubieras sido distinta, es decir, si se hubiera tratado de otra mujer de quien él me hubiera contado todo eso... Pero se trataba de ti, Anna, de ti... Tú estabas en mí, desde el principio de mi vida... ¡Estabas en mí! ¡Eso no sé cómo cuenta.

Pero sí sé que después, cuando él pudo quizás darte cuenta, ya no podía hacer otra cosa. Era más fuerte que él, no podía dejar de hablar de ti. No podía, precisamente porque su deseo era tan grande y tan amargo. Me contó todo lo relacionado contigo. (El esfuerzo para poder hablar le reduce la voz a un murmullo). Cómo, Anna, tú bien lo sabes, si tú sabes muy bien en estos momentos cómo... Todo... todo... ¡Y a mí! Tanto lo asediaba tu recuerdo... ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años! ¡Y esto durante tres años!

Esta es la insignia que usan los NITRO MIL estudiantes del



INSTITUTO "PINOCHET LE-BRUN"
(Enseñanza por correspondencia)

Santiago.—Av. Club Hípico, N.º 1406.

Castilla N.º 424.—Teléfono N.º 474, Matadero.—Dirección Telefónica: «IPBL».

ENSEÑAMOS: TENDURÍA DE LIBROS.—CONTABILIDAD.—ARITMÉTICA COMERCIAL.—GRAMÁTICA CASTELLANA.—MECANOGRAFÍA.—TAQUIGRAFÍA.—CORRESPONDENCIA MERCANTIL.—ESCRITURA.—ORTOGRAFÍA.—REDACCION.—MENTALES.—AUTOSTIGESION.—DETECTIVISMO.—INGLÉS.—CABECATUBISMO.—APICULTURA.—AVICULTURA.—DACTILOSCOPÍA.—GEOMETRÍA.—DIBUJO LINEAL.—VENDEDOR.—ARCHIVO.—LEYES TRIBUTARIAS.—ESQUEMAS.—CONTADOR.—ESCUELA ACTIVA.

C U P O N

Sírvase mandarme informes, sin compromiso alguno por mi parte, del Curso que me interesa:

NOMBRE

CIDUDAD

CALLE y N.º

CASILLA

«Escriba»-1-0-VII-30.

MARIA (con las piernas flojas, da un paso hacia Ricardo, que la sostiene, casi horando). ¿Pero usted está aquí? ¿Usted ya está de vuelta?

RICARDO.—¿Usted me ha reconocido inmediatamente y yo también la he reconocido... ¡amos, vamos, cálmese. Creíamos que era Anna la que llegaba... Estaba aquí hace unos momentos... Estaba aquí y se fué tal como una sonámbula. No había recibido mi telegrama. Entonces, usted comprenderá, la sorpresa ha sido demasiado grande.

KARL (con un terror súbito respecto a Anna, se levanta).—¿Dónde está Anna?

RICARDO (apacible).—¡No te preocupes! Debe venir de vuelta en estos momentos.

MARIA (a Karl, que se dispone a salir).—Yo voy a buscarla. Voy a buscarla.

RICARDO.—Espere... ¿a ver? Cuénteme, ¿cómo lo ha pasado usted este tiempo...?

MARIA.—¡Oh! He esperado... he esperado que la guerra termine.

RICARDO.—Entonces usted ha hecho lo mismo que nosotros. Nosotros también hemos esperado algo final, con la sangre congelada en las venas... ¡Y ahora, de nuevo estamos aquí... ¿Y qué? ¿Siempre sola? ¿No se ha casado?

MARIA.—Nadie me quiere...

RICARDO.—¿Qué idea! Yo creo que no ha de faltar alguien que no piense así... ¿Usted se ha cortado su pelo tan lindo? Fuera de eso, usted no ha cambiado en nada. Igual como era el día del famoso paseo.

MARIA (combatida por su sentimiento a favor de Ricardo).—Voy a ir a buscar, señor Ricardo. Ahora voy a buscar a Anna. (Sale. Karl, con el oído pendiente de la puerta, percibe apenas lo que Ricardo le dice).

RICARDO.—Hicimos un día un paseo juntos y bailamos ambos. ¡Si, mi viejo, en ese tiempo yo también ballaba! Casi no puedo uno imaginarse ahora algo por el estilo... Y precisamente porque sus cabellos se desanudaban a cada rato durante el baile, fué por lo que me llamó la atención, que se los hubiera cortado... Eso fué el domingo en que yo le pedía a Anna que fuera mi mujer... Pero, esto ya te lo he contado antes... Me parece que a ti, ¡yo te lo he contado todo!... (Pausa, en la cual vienen a la mente los recuerdos dolorosos de su cautiverio). ¡Qué tristeza, ah! ¡Qué peso aquí! (Se golpea el pecho). ¡Qué espantoso ha sido sufrir eso! ¡Todos esos años insoportables! Y, sin embargo, eso ya terminó. Tú quizás ya has visto a Anna en el tiempo que estás por aquí? Puede ser que la hayas visto aunque no sea más que una vez?

KARL (hace un movimiento decidido a contarle todo).—No he dejado nunca de verla. Hacía ya cinco años que la estaba viendo.

RICARDO.—Sí... sí... En el campamento me lo decías siempre... no cesabas de decirme... Pero yo te quiero decir, si la has visto en persona, en carne y hueso... ¿ah? ¿Has encontrado trabajo ya?

KARL.—Sí... donde Grieb y Stein.

RICARDO.—¿Pasan muy mal. Yo trabajaba allí antes de la guerra. No volveré con ellos.

KARL.—Yo también vacilé mucho antes de volver con ellos.

RICARDO (que, ocupado en su saco, da la espalda a Karl).—¿Tú habías trabajado entonces antes donde Grieb y Stein? Pero si no estabas aquí antes de la guerra.

KARL.—Claro que no estaba aquí.

RICARDO (toma la tableta de chocolate y se la muestra a Karl. Baja la voz).—¡Mira! ¡Una sorpresa para Anna! (No podrías encontrar

otra en toda Alemania! ¡Es chocolate, mi viejo! Me lo regaló un hombre alemán hace más de seis meses. Pero yo lo he guardado siempre. ¡Para Anna! ¡Va a abrir cada día! (Se sienten pasos).

KARL (se levanta).—¡Ah! parece que viene!

RICARDO (colocando rápidamente la tableta en la mesa).—Es lo más raro que se puede encontrar... No he hecho nada más que tomarlo el olor de vez en cuando.

ANNA (traspasando, con el cuello en desorden, los ojos fijos, entra y va cilante).—¿Dónde está? (Mirando en falsa dirección y luego, al ver a Karl, hace un suspiro).

RICARDO (santado, pero todavía sin sospechar nada).—¿Qué pasa? ¿Estás enferma?

KARL (decidido).—Es preciso que dejes ir a Anna. (Anna, con un esfuerzo, se desprende de Karl y se apoya en el muro, con los ojos fijos).

RICARDO (se demora en comprender y considera lentamente al primero como al otro).—¿Qué es esto? ¿Qué quiere decir esto?

KARL (con el prestigio que la deja irse).—¿Qué es esto? ¿Qué entiendes tú de esto? O es que tú lo... ¡Ah! ¡Dios mío! Si la has tocado, si la has tocado aunque sea sólo una vez, yo le voy a enseñar a Anna, a los dos que no es mañana el día en que van a poder sostenerse con sus propios pies! ¡Y a ti, a ti, te voy a demoler, te voy a aplastar si la has tocado!

KARL.—Entonces, ¡hazlo!

RICARDO.—Pero, ¿qué es lo que me dice éste? ¿Que debo de ir a ver a Karl? ¿Que se imagina éste? Pero, ¡habla, habla de una vez, Anna! ¿Qué es lo que pasa, Anna? (Va hacia ella).

KARL (interponiéndose).—¡Anna es mi mujer!

RICARDO.—¿De quién? ¿Qué es lo que cuentas? ¿Tu mujer?

KARL.—Necesito explicarte... Es un asunto de vida o muerte.

RICARDO.—¡Anna! Pero dime... Pero... ¿es que vas a tener un hijo de Karl? ¿Ah, ¡Conque así es! ¡Karl, peligrosamente tranquilo! ¿Qué más tienes que explicarme? (A Anna).—¿Te ha hecho suya? ¿Y éste es el resultado? ¿Es eso lo que quiere explicarme éste... ANNA.—¡No es eso, Ricardo, no es eso!

RICARDO.—De lo tuyo y de lo del niño, ya hablaremos después. Pero en cuanto a éste, ¡ya es demasiado! (Va al cajón del carbón y hace un movimiento para tomar el hacha).

ANNA (se precipita a Ricardo).—¡Ricardo!

RICARDO.—Ya hablaremos después nosotros dos. Anna, más tarde... Pero a él... ¡Ha aarita con firmeza y calma. A Karl! ¿Era eso lo que tenías que explicarme, no? (Karl está visiblemente resuelto a no defenderse. Ricardo se inclina hacia el hacha). ¿Ah? ¿Era eso? (Karl no se mueve).

ANNA (echándose sobre Ricardo).—Entonces, a mí también! ¡A mí primero! ¡No tienes más que matarme! ¡No puedo vivir nada más que con él! Y, sin embargo, no sé... pasó por la fuerza de las cosas, Ricardo. ¡Es así! ¡Es así!

RICARDO (comprende de pronto que Anna ama a Karl, lo cual es imposible su venenanza).—Entonces... ¿tú no puedes vivir con otro que no sea él? ¿Tú ya no quieres nada conmigo? A mí... ¿tú ya me quieres?

ANNA.—No puedo sentir de otra manera. (Ricardo se despiroma interiormente, da pesadame dos pasos. Anna está inmóvil, paralizada por la pena. Karl mira fijo ante él).

RICARDO (levanta lentamente la cabeza).—¿Tú no puedes? Pero... ¿por qué? ¿Por qué? ¡Antes vivíamos tan bien! ¡Me querías durante todos estos años! ¿Ya no puedes, Anna? ¿Lo quieres entonces?

ANNA (horando).—¡Ricardo!

RICARDO.—¿Qué? Pues bien, ¡explícame esto! ¡Explícame lo que me quieres!

ANNA.—Tú sabes bien que te quiero... Pero lo otro, ¡no... no te lo puedo explicar!

RICARDO.—Entonces... ¿nunca más? ¿Nunca más?

ANNA.—Como tú lo entiendas... Pero, en cuanto a seguir viviendo, no puedo hacerlo nada más que con él... Sí, ¡nada más que con él!

RICARDO (se sienta en la mesa).—Bien... entonces no me queda nada más que... nada más que... (Mira al techo completamente irresuelto y cae sentado de nuevo).

ANNA (a Karl, despacio).—La malleta está bajo el catre. (Karl saca la malleta. Anna, con la humana buena fe de una enamorada, se la abandona y quedarse con él, va hacia la cómoda y retira algunas prendas de vestir. Durante el tiempo que Karl y Anna invierten en apilar rápidamente sus efectos, durante el tiempo que dura esta ejecución capital, Ricardo pasea su mirada por acá y acullá, como bestia herida de muerte y que se mantiene aún en pie). Nada más que lo indispensable.

KARL.—¿Estás bien, abrigada? Hace mucho frío afuera. Está nevando.

ANNA.—¡Oh! ¡Yo tengo calor!

MARIA (divida de emoción, entra y da una mirada a todos).—¿A dónde vas, Anna? ¿A dónde vas?

ANNA.—Eso no tiene importancia.

MARIA.—¿Tienen ustedes dinero?

ANNA.—Eso, tampoco importa. (Karl se coloca su abrigo, toma la malleta. Anna, en el umbral, busca una palabra de adiós, que no encuentra). ¡Ricardo!

RICARDO (levanta la cabeza).—¡Anda! ¡Anda!

ANNA.—Entonces... entonces... (Maria se dispone a acompañar a Anna, en tono de ruego): ¡Quédate!

(Karl y Anna se van. Maria cierra la puerta, viene a la mesa, levanta su cubierto y lo coloca sobre la cómoda; al volver a la mesa, ve la tableta de chocolate y la observa curiosamente, interrogando con la mirada a Ricardo).

RICARDO.—Es chocolate... (La voz se le ahora en un suspiro).

T E L O N .

FLOR DE ESPINO
LA COLONIA DE PERFUME IDEAL

LIBRERIA al detalle tiene en Santiago AHUMADA 32

UNIVERSO SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA